

LAZOS DE AMISTAD

—¡ABUELO, ABUELO! —gritó un chiquillo que no alcanzaba aún los siete años, al tiempo que llegaba corriendo a la sala principal de aquel caserón, que cuarenta años antes, le cediera el Duque y donde dicen había vivido doña Ana de la Cerda, antes de que construyera el Palacio Ducal.

—Abuelo, ¿por qué se van todos?

El anciano, que multiplicaba por más de diez la edad de su nieto, hizo un gran esfuerzo, seguido de un crujir de huesos para, incorporándose de aquel sillón de anea y madera, dirigirse a paso lento hacia la ventana más próxima. Sus ojos velados por el tiempo e intencionadamente semi cerrados para agudizar la mirada se fijaron en una larga cadena de figuras negras, formadas por ancianos y niños, hombres y mujeres que arrastrando sus apesadumbrados cuerpos y escasas pertenencias, salían de Pastrana, la ciudad de la seda. «Otra vez más», pensó.

El niño sin preguntar nada se había situado junto a su progenitor en espera de respuesta. El silencio y la mirada perdida en los caminos, que partiendo de las distintas puertas de la ciudad se perdían en el horizonte, parecían haber detenido el tiempo en espera de respuesta.

—Abuelo, ¿con quién jugaré yo ahora? —preguntó con una voz que reflejaba miedo, aún sin intuir la realidad de lo que ocurría.

Al tiempo que aquella multitud, recogida como ganado en Estremera, Valdaracete, Escopete, Sayon y Zorita, abandonaba las puertas de entrada a la ciudad, más se mezclaban entre ellos, quizás de forma inconsciente, buscando una protección que sabían que no tendrían.

— ¡Son como vencejos! — exclamó el anciano.

— ¡Abuelo, estás tonto! Los vencejos son los pájaros negros que vienen en verano y comen volando sobre el río. Ahora no están, hace meses que se han ido.

— Van de un lado a otro perdidos, sin destino ni futuro, pisándose unos a otros — comentó el anciano absorto en su recuerdo —. ¡Qué desgracia! — masculló en unas palabras que se apagaban en sus labios.

El chirriar de los gornes de la puerta y un golpe de aire frío precedieron a la aparición de la figura de un hombre corpulento envuelto en un grueso manto.

— Padre, se los llevan, es el final. No se sabe a dónde irán...

— Siempre ha sido así, como los vencejos de un lado para otro sin rumbo ni destino, pagando por nuestros pecados, aún sabiendo que son inocentes.

— Pero, padre...

— Venid, venid, sentaos aquí — ordenó a su hijo y nieto —. Quiero contaros la historia de nuestro pueblo, la que no está escrita, la que nadie escribirá, porque la historia la escriben los poderosos, los vencedores, los cristianos...

— Pero padre, nosotros somos cristianos, a tus abuelos los bautizaron el rey Fernando y la reina...

— Diego, escucha — le dijo a su hijo —, no me queda mucho tiempo para contarte — y, colocando al niño entre sus piernas al

tiempo que con sus artrósicas y secas manos acariciaba la espesa mata de pelo negro de la criatura, inició la narración:

—No era yo más grande que Andrés —refiriéndose a su nieto—, cuando conocí que a la ciudad de Granada llegaría el vástago de los conquistadores. Vivíamos en una almunia que poseía mi familia a las afueras de la ciudad, en la ladera del Albaicín, junto al camino que se dirige a la fuente de Aynadamar...

—Abuelo, has dicho el Albaicín, como el barrio que tenemos aquí —interrumpió el niño.

—Sí, es el mismo nombre, porque a la gente que lo habita la traje yo de Granada, los saqué de nuestro Albaicín para darles mejor vida mediante el cultivo de la seda. Pero eso te lo contaré más adelante. Era el inicio de la primavera en la ciudad de Granada, el invierno crudo y frío había dado paso aquel mes de marzo a una eclosión de rosas rojas reventonas que invadían con su aroma toda la ciudad de la Alhambra. El sol calentaba lo suficiente para que la gente abandonara sus casas buscando la alegría y el bullicio de la estación recién estrenada. Al júbilo de todo lo anterior se sumaba la llegada, por primera vez a la ciudad, del Archiduque Carlos y su esposa, una extranjera de belleza inusual, y a la que todo el mundo alababa como si la hubieran visto. Aquel marzo de 1526, definitivamente, iba a ser diferente a todos los demás. Era un joven príncipe que había perdido a su padre siendo niño. Su madre, la reina, se encontraba siempre enferma, motivo por el cual lo habían traído para que fuese rey. La Veinticuatría de la ciudad, que en Castilla llamamos concejales, había cargado las costas de los festejos que serían necesarios para halagar a tan distinguidos huéspedes, con un gravamen extraordinario que afectaba a todos los granadinos, pero muy especialmente a los moriscos del barrio del Albaicín. La resignada población, ya que tenía que pagar tan importantes

fastos, estaba dispuesta a disfrutarlos. Yo, como un crío de no más de nueve años, estaba nervioso, y la emoción me impedía dormir. Cuando mi padre reunía a todos los hombres de la casa en aquel regio salón, de más de diez metros de largo cubierto con un espléndido artesonado, yo estaba presente; y siempre le hacía la misma pregunta:

—Padre, ¿me llevarás a ver al rey?

—Hernando, el rey es un hombre tosco y vulgar, nosotros somos los verdaderos reyes de Granada, los descendientes del Profeta y herederos del linaje nazarí.

—Pero, padre, yo quiero verlo. Nunca he visto a un rey de esos que tú dices. Haz merced y llévame a verlo.

El padre, sin afirmarlo, siempre acababa claudicando con una dulce sonrisa que reflejaba la debilidad que sentía por su hijo.

En aquella almunia, a mitad de camino de la empinada cuesta que unía el margen derecho del río Darro con el inicio de serpenteantes caminos que conducían a la fuente de Aynadamar, que abastecía de agua a todo el barrio, se encontraba su casa, la casa de sus antepasados. Un palacio nazarí, finca de verano de la nobleza y que ocupó el propio Ibn al-Jatib, el visir poeta. Tras la conquista la casa fue residencia de nuestra familia Ferí y de mi cuñado Lorenzo el Chapiz.

La casa, con dos cuerpos dealzada y crugías laterales, estaba centrada por una hermosa alberca de agua cristalina, delicia de toda la familia, cuando los días soleados de primavera se sentaban a comer a su alrededor. El agua de la alberca permitía a los niños jugar a soñar con barcos hechos con la cáscara de media nuez, antes de que abandonara la alberca para regar las diferentes paratas escalonadas hasta la misma orilla del río. Paratas que estaban sembradas de árboles frutales de hermosos colores

y deliciosos frutos: moreras, granados, higueras, cerezos, membrillos, naranjos, nísperos y jinjoleros. Una almunia que reflejaba el poder que la familia había tenido en el pasado y que en parte aún mantenía. Junto a la casa estaban los telares de seda, donde se fabricaban todas las vestimentas y ornamentos que se necesitaban en el reino de Granada y en otros reinos de España.

Mis antepasados —continuó narrando el anciano— habían conocido la casa del Tiraz en Córdoba, la mítica fábrica de seda donde se tejían las vestimentas del califa y regalos para reyes y embajadores, con técnicas secretas traídas de Bursa. Secretos que incluían cómo cuidar y seleccionar los gusanos más sanos y fuertes para obtener la mejor seda, cómo tejerla y tintarla para mostrar su belleza en todo su esplendor. Técnicas que se habían mantenido siempre en secreto, que yo amplié y que son la causa de que estemos ahora aquí. Las familias que teñían la seda y tejían los mantos y vestidos vivían junto a la casa en unos aposentos pequeños que había en la huerta.

Como te decía, cuando el nieto de los reyes visitó durante la luna de miel Granada junto a su esposa, la infanta Isabel de Portugal, le acompañaban un séquito de damas y pajes entre los que se encontraba un niño, Ruy Gómez de Silva, un poco mayor que yo.

Recuerdo que la ciudad estaba engalanada como nunca más lo fue. Conocimos más tarde que el cabildo perdonó los impuestos especiales a los moriscos de Granada para que se compraran trajes y pudieran adornar las fachadas de sus casas. Por todas partes había puestos de calabaza confitada, turrón de almendra, almendras garrapiñadas, caña de azúcar, pestiños, ajofaina, jínjoles y demás frutas de temporada que tanto nos gustaban a los niños.

Su nieto, sentado ahora sobre sus piernas, lo abrazaba como su mayor tesoro, mirándolo con ojos como platos mientras se

le escapaba la saliva por su pequeña boca entreabierta, ante la descripción de tanto manjar infantil.

Mi padre, como parte importante de la nobleza granadina, fue invitado a la recepción real, y yo conseguí que me dejara acompañarle. Toda la gente vestía con ricos trajes, espadas y lujosos colgantes, mientras cuerpos militares desfilaban frente al joven matrimonio mostrando su poderío y riqueza.

Me escabullí del lugar que ocupaba junto a mi padre y otros nobles y señores de Granada y me dirigí a donde se encontraban aquellos niños vestidos con trajes a rayas blancas y verdes, calzas de colores y zapatos de fieltro. Yo llevaba una camisa de seda blanca, un calzón negro y sobre ellos, una capa color carmín.

Al llegar junto a ellos, uno llamado Ruy me dijo algo en un idioma que no entendí. Yo le ofrecí almendras garrapiñadas que llevaba en el bolsillo y se sorprendió. Tras probarlas quiso saber donde las había conseguido. Lo cierto es que, sin saber cómo, nos comunicábamos con facilidad, y antes de que nadie se diera cuenta desaparecimos de allí y nos marchamos a Plaza Nueva donde se encontraban todos los puestos de confituras. Las miradas se centraban en nosotros y yo pavoneaba orgulloso de mi nuevo amigo.

Durante el tiempo que el séquito del futuro emperador permaneció en Granada nos encontrábamos todos los días, recorríamos calles y plazas como buenos amigos; y en alguna ocasión Ruy subía a mi casa para ver los gusanos de los que salía la seda y cómo se confeccionaba el preciado hilo.

—¿Ruy es el señor duque? ¿El dueño del palacio? —preguntó con asombro su nieto.

—Sí, el mismo, el abuelo del actual Duque — se refería a Ruy III, Duque de Pastrana—. Mi amigo no podía creer que una ma-

riposa pusiera huevos, se transformara en gusano y que luego este produjera el preciado hilo de seda.

Un día en que bajaba yo con un perro grande que tenía, para encontrarme con mi amigo, oí lo que pareció la voz de Ruy Gómez pidiendo clemencia. Un grupo de chicos mayores que él le hablaban en algarabía, amenazándole por ser extranjero.

— ¡Te vamos a matar! ¡Te vamos a matar! ¿Qué haces en nuestro barrio? ¿Qué hace un perro cristiano en nuestras calles? — gritaban.

Ruy no entendía nada de lo que gritaban, solo lloraba y pedía clemencia.

Ascendí por las intrincadas callejuelas de donde venían los gritos y al girar un estrecho callejón me tropecé con mi amigo de rodillas en el suelo, sus vestidos rotos y manchados de barro, sangrando por la nariz y la cara amoratada. Al verme los cuatro chicos que parecían doblarme en edad y altura, se volvieron hacia mí.

— ¡Y tú qué quieres mocoso!

— Dejad a mi amigo — grité.

— ¡Si es el renegado! ¡El Ferí! Te vamos a matar a ti también.

Al oír aquello me tiré contra el que lo había dicho. Del golpe que me dio rodé por el suelo como ocho pasos, con el labio partido y la nariz sangrando.

Mi perro, un cruce de mastín negro, dio un gruñido levantando los labios y enseñando los enormes dientes blancos que destacaban en aquella cabeza que era más grande que la tuya. Los ojos encendidos parecían salirse de su cara. Nunca lo había visto así de fiero, ni cuando se peleaba con otros perros. De repente saltó contra el que me había pegado y el zarpazo le

desgarró la cara mientras todos salieron corriendo, dejándonos a los dos en el suelo llorando.

—¿Tú llorabas abuelo? —le preguntó inocente el niño.

—Sí, todos los niños lloran —hizo una pausa—. Ahora mis ojos están tan secos que no tienen ni lágrimas —y miró en dirección a la ventana desde donde minutos antes había contemplado a aquellos desdichados abandonar la ciudad, para segundos después continuar:

—Nos abrazamos sofocando nuestro llanto, que se tornó en sollozos y rabia, mientras el perro nos miraba entre compasivo y furioso, sin querer apartarse de nuestro lado.

Cuando nos hubimos tranquilizado, le pregunté:

—Ruy, ¿qué hacías aquí?

—Me escapé antes, iba a buscarte, pero me perdí, cuando me encontré con esos.

En el Albaicín, un intrincado laberinto de estrechas y zigzagueantes callejuelas que ascendían hacía la mezquita mayor, recientemente transformada en iglesia de El Salvador, era imposible no perderse.

Las calles eran tan angostas que las casas de dos o tres alturas parecían abrazarse en el último piso, impidiendo que los rayos de sol alcanzasen el suelo.

—Ruy, aquí solo pueden entrar los musulmanes y solo los del barrio. A los cristianos no los quieren —y recordando las palabras de su padre, corrigió—: no nos quieren.

—¿A ti tampoco? —preguntó Ruy inocente.

—Bueno, a mi un poco. Pero mi padre dice que somos cristianos y a los cristianos no los quieren. Nos robaron nuestro reino.

Hernando inconscientemente pasaba a ser cristiano y no morisco con la naturalidad infantil del que no sabe dónde está, ni lo que es, sin importarle.

Ahora el perro los lamía, chupándoles la sangre que manaba de sus heridas.

—Vámonos de aquí —le dijo—, vamos a lavarnos al río. Pero no le contemos a nadie lo que nos ha pasado. Diremos que nos hemos caído rodando por esta calle empinada.

—Vale —respondió su amigo.

—Pero no vengas más a buscarme. Yo iré cada día al palacio donde vives.

Marcharon juntos hacia la orilla del río y después de lavarse siguieron la ribera derecha hasta llegar a Plaza Nueva.

Aquel día, sin saberlo, sellaron una relación más propia de hermanos que de amigos. «Esa relación es la que hizo que yo esté aquí hoy, lejos de mi ciudad y de mi patria» —murmuró en tono triste y nostálgico.

El nieto lo miró sin entender las palabras que acababa de pronunciar.

Cuando regresé a mi casa, tenía hinchados la nariz, el pómulo derecho y el labio. Al verme así, mi padre se enfadó conmigo. Recostado sobre una alfombra del salón en el piso superior, hizo que me sentara a su izquierda y me obligó a contarle lo ocurrido.

Al terminar la narración, me reprendió por mi actuación, indicándome:

—Hernando, no hay que imponerse a los demás por la fuerza. Es la palabra la que lo ha de hacer. A nuestro pueblo lo ha

perdido la lucha, la incapacidad de dialogar, la incapacidad de convencer al adversario...

— Yo solo fui a defender a mi amigo.

— Es muy loable tu actitud, pero has de intentar no llegar a las manos.

— Perdona padre, así lo haré en otra ocasión — fue mi respuesta mientras las lágrimas se deslizaban por mis mejillas.

Desconozco si para consolarme, o por qué causa, me dijo:

— ¿Quieres venir a la almunia del Valle de Lecrín? En tres días iré a vigilar cómo están las moreras y los criaderos de gusanos.

— Padre, ¿y no puede venir mi amigo Ruy conmigo? — pregunté ingenuo.

— No sé, eso es complicado... en fin, ya veremos.

El Valle de Lecrín, una fértil vega a veinte leguas de la ciudad en dirección al castillo de Salobreña, había sido propiedad de los señores de la Alhambra, que cultivaban árboles frutales y todo tipo de productos agrícolas, entre los que destacaban la morera, la cría del gusano de seda y la manufactura del preciado hilo.

Durante la conquista de Granada, con el avance de las tropas los campos se abandonaron, los cristianos talaron árboles, destruyeron acequias y cegaron zimbras o lugares de nacimiento de agua. Cuando tras la entrega de Granada a los Reyes Católicos, estos conocieron que las tierras del valle pertenecían a la familia real nazarí, las repartieron entre las distintas ramas familiares, entregando el palacio de recreo a los hijos de Muley Hacén y Soraya, la cristiana Isabel de Solís, que se había casado con el sultán con el que había tenido varios hijos varones. Y el resto de

almunias a otros miembros de las familias. En el reparto, a mi padre le tocó parte de las tierras del margen izquierdo del valle por el que corre el río.

Los últimos años los había dedicado a reconstruir conducciones de agua, avivar veneros y replantar árboles, especialmente moreras.

Ahora, el valle, en plena producción, había recuperado su estado original, lo que obligaba a mi padre a ausentarse con relativa frecuencia para vigilar las tierras y la gente que allí tenía, esclavos, criados y hombres de confianza.

Al día siguiente cuando bajó a Granada, no sé con quien habló o lo que hizo, pero a su regreso me llamó y al llegar junto a él, me comunicó:

—Hernando, tu amigo Ruy nos acompañará durante unos días a la almunia del Valle de Lecrín.

Aún recuerdo la alegría que inundó mi cuerpo, causa de que en el momento en que todos estaban distraídos, sin pedir permiso ni comunicarlo a nadie, saliera corriendo cuesta abajo en dirección a Granada cantando.

Me presenté en la puerta de aquel elegante palacio que había construido un tal Gonzalo Fernández de Córdoba, donde residía la comitiva real, mientras le construían su palacio en la Alhambra. Allí, en la puerta como si conociera la noticia, mi amigo me estaba esperando. Veía en sus ojos tanta felicidad como debían reflejar los míos.

—¿Ya lo sabes? ¿Sabes que nos dejan ir juntos unos días a la almunia de Lecrín?

—Sí, me lo han dicho. Iremos fuera de Granada, ¿pero qué es una almunia?

Yo me quedé pensando cómo explicarle una palabra que nunca había tenido que explicar antes. No sabía cómo empezar.

—No sé... es una casa grande en el campo, con otras más pequeñas, con mucha gente y campos muy grandes a la orilla del río, donde hay muchos árboles frutales y una laguna y... gusanos de seda.

—¿Y hay animales? —preguntó Ruy.

—Sí, hay caballos, mulas, gallinas y en el campo ciervos, patos, cabras..., que caza mi padre con sus amigos.

—Ah, entonces es como una quinta; una finca de recreo, como las que tienen mis padres en Portugal, con huertos y animales.

—No sé, yo nunca he estado en Portugal. Pero esta está en Granada y es diferente. ¿Nos vamos a dar un paseo por el río? —le propuse cerrando el tema.

Abandonaron la puerta del palacio y abrazados por los hombros descendieron por la ribera izquierda del río Darro, que se encontraba a menos de cincuenta pasos de allí, en busca de su confluencia con el río Genil. Se detuvieron a ver cómo los curtidores de pieles de cordero las lavaban y limpiaban hasta hacerlas transparentes.

Los dos adolescentes desconocían que aquellas pieles pronto serían las vitelas y pergaminos sobre los que reyes y aristócratas escribirían cartas, cuentas, misivas y que ellos en el futuro usarían de forma habitual.

Salieron de la ciudad cruzando la puerta de las Orejas en la plaza Bibramba hasta llegar al puente que cruzaba el río Genil en su unión con el Darro. Unos agricultores, que no repararon en ellos, entraban cargados de frutos y hortalizas,

a una hora inusual. Tampoco ellos cruzaron palabra. El único objetivo de Hernando era alcanzar la ermita de San Sebastián, un antiguo edificio almohade, junto al cual se había producido la entrega de las llaves de la ciudad por parte de Boabdil a los Reyes Católicos. Allí había acompañado a su padre y familia en muchas ocasiones a pasar el día. Junto al cañaveral que cubría toda la parte izquierda de la ribera del Genil, antes de que todo se transformase en fértil vega, y allí había contemplado las anatas y sus polluelos nadando por la orilla.

Era uno de los recuerdos más bellos que Hernando poseía de su infancia. Esas largas y disciplinadas filas de patitos siguiendo a su madre y mimetizando sus gestos.

Ahora quería compartir con su nuevo amigo Ruy aquella vivencia.

No transcurrió mucho desde que cruzaron el puente y se encontraron en la puerta de aquel antiguo morabito transformado trescientos años después en ermita. Pronto, entre las cañas, aparecieron los primeros patos de colores irisados, que en vuelos cortos y pesados, cruzaban de una ribera a otra del río, en busca de comida y protección.

Lanzaron piedras intentando que las anatas alzaran su vuelo, abandonando su prole, pero lejos de eso, solo consiguieron que aquella tropa de patitos siguiendo a su madre, desapareciera entre la espesa vegetación de la ribera.

El tiempo se había detenido para los dos amigos, hasta que el tañir melancólico de la campana de la torre de la Vela, marcando el cambio de tanda de riego a los agricultores, los volvió a la realidad.

— Ruy, tenemos que irnos — le dije —. Se ha hecho muy tarde

y nos van a castigar. Si mi padre se enfada, no nos llevará a la almunia.

— Sí, regresemos — respondió su amigo al tiempo que le preguntaba —: ¿pero allí también hay patos?

— Sí, más que aquí y una barca para cazarlos en la laguna.

Estas últimas palabras iluminaron la cara de Ruy, imaginándose ser un hombre adulto, cazando patos con ballesta, como había visto tantas veces en las pinturas de palacio.

Los días transcurridos hasta la partida hacia el Valle de Lecrín se hacían eternos, y la pregunta monocorde y reiterativa de Hernando a su progenitor cansina.

— ¿Padre cuándo nos vamos? ¿Falta mucho para que esté todo listo para irnos?

La respuesta, siempre la misma:

— ¡Hernando, cuando esté todo listo! Cuando arregle un asunto de la Alcaicería podremos partir.

La mañana en la que aquella recua de hombres y animales partió para su destino era clara y fresca. Aún no había despuntado el sol cuando los dos jovencuelos, en una carreta, salieron junto al resto de personas que constituían la comitiva. A Ruy le habían recogido la tarde anterior y había dormido junto a Hernando en la casa del Albaicín.

Descendieron bordeando la muralla para alcanzar el margen derecho del río Darro, y cruzando Plaza Nueva y los numerosos puentes de la ciudad, salir por la puerta Bibrambla, dirigiéndose por el camino de la costa al fértil valle donde los Ferí tenían sus posesiones.

La fértil vega del río Genil, abonada por las crecidas y la red de acequias y conducciones de agua, era un manto verde de

diferente intensidad donde estaban representados todo tipo de árboles frutales, viñedos y hortalizas. La riqueza agrícola era tal que podía haber dado de comer a diez ciudades como Granada.

Atrás habían quedado los casi cincuenta años en los que durante la conquista, los cristianos talaron árboles, quemaron cosechas y desolaron toda la vega para minar la moral de los habitantes de la ciudad, acelerando así su entrega.

Los niños, ajenos a todo aquel pasado, solo soñaban con llegar a su destino.

Era tarde, el sol había ocultado sus últimos rayos y ese rojo, que tiñe los cielos granadinos al atardecer, único en el mundo, daba paso al azul claro con el que la noche cubre las laderas de Sierra Nevada.

Aquella noche, entre el cansancio del viaje y el ajetreo de la llegada a la almunia, junto a la emoción de encontrar personas y situaciones nuevas y desconocidas para los dos amigos, les hizo dormir profundamente, hasta bien entrada la mañana.

Al salir a la puerta de la casa Hernando quedó paralizado, sintió un miedo que le impedía moverse. La vista la tenía clavada en una figura negra de casi dos metros, alta y fuerte, que sacaba agua de un pozo.

—¿Qué es? —preguntó con voz temerosa, sin apartar la mirada.

—Es un negro, ¡un esclavo negro! —respondió Ruy con naturalidad.

—Pero parece un hombre —se atrevió a decir Hernando.

—¡Es un esclavo negro! En mi país hay muchos. Hacen lo que les mandan y según he oído decir a los mayores, trabajan y no se cansan.

—¿Y cómo se llama?

—Esclavo —respondió Ruy con suficiencia, poseedor de unos conocimientos que su amigo ignoraba.

Al verlos absortos en el dintel de la puerta, una mujer de unos cuarenta años se dirigió hacia ellos.

—Señor, su padre salió temprano al campo; nos dio órdenes de lo que debíamos hacer hasta que regrese a mediodía.

Al ver que Hernando seguía absorto con la mirada fija en el esclavo, sin escuchar sus palabras, la mujer continuó:

—Es Abu, un esclavo de su padre. Abu, ven aquí y saluda al hijo de tu amo, el señor Hernando.

El esclavo, dejando el cubo de agua junto al brocal del pozo, se dirigió con la mirada baja hacia el dintel de la puerta, donde se encontraban los dos jóvenes y la mujer.

A tres metros de ellos se detuvo, mientras la cara de Hernando reflejaba miedo ante la corpulenta figura.

—Acércate más —ordenó la mujer, mientras Ruy le decía a su amigo:

—Puedes tocarlo, no hace nada. En Portugal cuando no se portan bien, les azotan.

Progresivamente ante la actitud del esclavo y las palabras de la mujer y su amigo, a Hernando se le fue eliminando la tensión muscular de su pequeño cuerpo, al tiempo que volvían las facciones normales a su cara.

—Su padre me ha ordenado que les demos de desayunar y después mi marido Hassan y Abu les acompañarán a recorrer la almunia. Soy Fátima y su padre me ha responsabilizado de que no les falte nada. —Era la primera vez que la mujer decía su nombre.

Hernando se tranquilizó, las palabras de la mujer reflejaban la forma de actuar de su padre. Pero seguía mirando de reojo aquella figura negra que no había visto nunca antes y que seguía infundiéndole miedo y desconfianza.

Ella, para tranquilizarlo le explicó:

—Abu lleva muchos años aquí. Lo compró su padre a unos mercaderes egipcios, cuando era más joven —el esclavo no debía alcanzar ahora los quince años—, siempre ha trabajado bien, ha aprendido nuestra lengua, el árabe, y cumple los preceptos del Profeta.

—¿No es cristiano? —preguntó casi ofendido Ruy.

—Señor, los esclavos negros no se tienen que bautizar. La orden del bautismo obligado solo afecta a los musulmanes —y dirigiéndose al esclavo, Fátima le ordenó:

—Abu, saluda a los señores y retírate hasta que te llamen.

El esclavo con la mirada fija en el suelo y clavando la rodilla en tierra, en árabe, le dijo:

—Alá Todopoderoso de larga vida y proteja a mi señor. Mandad, soy vuestro esclavo y obedeceré.

—¡Puedes retirarte! —le ordenó la mujer— Hassan te dirá lo que tienes que hacer.

Por el comportamiento de aquella mujer, parecía ser la criada de confianza de su padre, o quizás algo más que eso.

De inmediato se dirigieron a un lugar junto a la casa donde bajo una tupida parra que les protegía del sol, se encontraba una mesa con todo tipo de frutas y alimentos, y sobre una estera en el suelo una serie de mullidos cojines y almohadones que reflejaban que horas antes allí se había celebrado un ágape.

En aquel lugar se sentaron los dos jóvenes, como si de reyes se tratase, mientras el personal de la casa les servían tortas de trigo y miel, dulces de pasas y frutos confitados, junto con un refrescante té con menta.

Hernando, sin poder apartar la atención de Abu, le preguntó a su amigo:

—¿Y dices que en tu país hay muchos esclavos así?

—Sí, todos los señores tienen.

—¿Y de dónde los traen?

—De un sitio llamado África, o algo así.

—¿Y eso dónde está?

—No lo sé, muy lejos. Los mayores dicen que hay mucho oro, piedras preciosas y animales extraños.

—Pues un día, cuando seamos mayores, tenemos que ir a ese sitio —sentenció Hernando.

Mientras ellos dialogaban, bajo la furtiva atención de Fátima, llegó Hassan que directamente se dirigió a los dos jóvenes.

—Señor Ferí —se dirigió al niño por su nombre familiar—, su padre, que estará recorriendo los campos durante todo el día, me ha ordenado que los acompañe a conocer sus posesiones y le explique la tierra y tipos de cultivo que tienen, de los cuales seréis el dueño cuando él falte, Dios no lo quiera y Alá lo proteja.

El niño lo miraba escuchando con atención todo lo que decía.

—Nos acompañará Abu, irán a caballo y seguiremos el río hasta la laguna, en el extremo sur de vuestras tierras. Abu y yo mismo les seguiremos a pie para explicarle todo lo que se cultiva.

—¿Podremos cazar con ballesta? —preguntó Ruy emocionado.

— Si lo desean, llevamos una — respondió Hassan.

— Sí — dijo Hernando — y cazaremos patos en la laguna.

— Bueno, pues tomaremos alguna ballesta más.

No transcurrió mucho tiempo hasta que se pusieron en marcha, según el plan previsto. La mañana era soleada y fresca, el cielo despejado hasta donde alcanzaba la vista y se auguraba un día espléndido de primavera.

Hassan fue explicándoles a qué aves correspondía cada uno de los trinos que llenaban el aire fresco con olor a azahar que lo inundaba todo; los diferentes árboles frutales que había plantados; la diferencia entre los distintos tipos de higuera y sus frutos; por qué las hojas del jinjolero eran diferentes a las de la higuera; cómo se distinguían los distintos tipos de cítricos allí plantados: naranjos, mandarinos y limoneros; por qué los campos estaban estructurados en paratas o bancales, y cómo se aprovechaba el agua, que tomándola del río permitía regar todos los campos haciendo del valle un vergel.

Hizo especial atención a las grandes plantaciones de morales, diferenciando el moral blanco y negro; el primero de más calidad. El árbol del moral, de la morera; esta última de menor tamaño y calidad de la hoja por ser más fibrosa.

Les narró cómo se recolectaba la hoja y se alimentaban con ella los gusanos, que más tarde darían el preciado hilo que manos expertas transformarían en maravillosos tejidos y con los que se cubrían los más importantes hombres de los reinos de España.

Se sentía orgulloso de explicar la evolución de su trabajo y de la importancia que tenía en la riqueza del valle y de la familia Ferí, de la que Hernando era el futuro heredero.

Absortos en la vista de aquellos árboles, en los colores de las aves y en las explicaciones de Hassan, llegaron a la orilla del río sin casi darse cuenta. Los tres kilómetros recorridos entre plantaciones y bancales, parecían haberlos hecho en segundos, cuando el caudaloso río llamó su atención.

Al principio venía crecido con agua fría y transparente, que permitía ver cómo las truchas nadaban en su fondo. El cauce era tres veces más amplio que el Darro que en tantas ocasiones los dos jóvenes habían recorrido.

En las orillas junto a juncos y cañaverales anidaban todo tipo de aves acuáticas, patos, garcetas y martines pescadores que se zambullían una y otra vez en busca de alimento. El croar de las ranas y la fauna que allí habitaba era la mejor garantía de la limpieza de sus aguas.

Ruy se impacientaba, deseoso de llegar a la laguna para utilizar la ballesta que colgaba en la grupa del caballo, preguntando una y otra vez:

— ¿Cuánto falta para la laguna?

A lo que Hassan siempre daba la misma respuesta.

— ¡Ya falta menos, señor!

Había empezado el sol a declinar cuando apareció ante ellos la laguna. Era el resultado de un meandro del río que en épocas pretéritas había cambiado su cauce creando aquel remanso de agua, con su pequeña isla incluida que se nutría de las crecidas del río, permitiendo la proliferación de todo tipo de flora, que junto a las aves que la habitaban, hacían del lugar un paraíso idílico.

Allí sí que había patos, pensó Hernando al verlos volar de un lado a otro, cruzando junto a sus cabezas, sin tener que lanzar-

les piedras para que volaran. La voz de Hassan lo sacó de su pensamiento.

—Aquí pueden practicar con las ballestas.

Ruy no supo cómo reaccionar, una cosa era ver una pintura y otra utilizar aquella arma de guerra y caza, tan mortífera y dañina para la humanidad que el Papa Inocencio II cuatrocientos años antes en una bula papal, prevenía a la cristiandad contra su uso.

Fue Hassan el que, consciente de la situación de los jóvenes, se ofreció a ayudarles y montarles el arma como una más de sus obligaciones y servicios.

Pronto estaban lanzando saetas en una u otra dirección, intentando alcanzar un pato. Lanzamientos que acababan en carcajadas de los dos al ver la distancia que había entre donde se encontraba el ave y donde se dirigía la flecha. En uno de estos disparos Ruy alcanzó un ave que herida y arrastrando la flecha se dirigía a esconderse entre los juncos. Entre gritos de alegría, el portugués se lanzó tras ella metiéndose en el agua precipitadamente.

El fondo cenagoso de la laguna, junto al ramaje y juncos por donde había huido el ave, lo atraparon actuando como arenas movedizas que conforme se movía, más lo hundían, amenazando ahogarle.

Los primeros gestos de alegría, se transformaron en gritos de terror suplicando ayuda, que con la agitación atrapaba cada vez más, el cuerpo de Ruy.

Antes de que reaccionaran, Abu se había lanzado al agua a socorrer al muchacho al tiempo que gritaba:

—Hassan, una cuerda, ¡una cuerda! ¡Tírame una cuerda!

—mientras alzaba en alto el cuerpo del joven, hundiendo el suyo por el peso de los dos. Primero la cintura, después el tronco, el tórax y cuando el agua y barro le llegaba al cuello, aún seguía sosteniendo a Ruy fuera del agua.

—¡Abu, la cuerda! ¡Agarra la cuerda! —le gritaba Hassan poniéndole el extremo con una lazada al alcance de la mano.

La angustia y tensión de los cuatro era enorme. Hassan consiguió atar un extremo de la cuerda a la montura del caballo cuando el agua llegaba a la altura de la boca.

Abu, habiendo pasado la lazada por su muñeca y cogiendo fuertemente la cuerda con la mano gritó:

—¡Hassan tira! ¡Tira de la cuerda!

El caballo tiraba y cuando la cabeza del esclavo empezaba a desaparecer bajo el agua y el cuerpo del chico a hundirse en ella, un disparo en el aire hizo que el animal se espantase y saliese disparado arrastrando con él los cuerpos del esclavo y del niño, al que Abu no había soltado.

Era el padre de Hernando, que llegando en ese momento al lugar y viendo la gravedad de la situación, había realizado el disparo de arcabuz espantando al caballo.

Arrastró por el suelo unos metros el cuerpo embarrado de Abu, casi inconsciente, mientras el niño llorando había quedado en la orilla de la laguna.

Tardaron unos largos y tensos minutos, en los que solo se escuchaba el correr del agua del río a unos centenares de metros y el resoplar nervioso del caballo, hasta que se restableció la tranquilidad y el orden en el grupo, ahora compuesto por nueve personas.

—¿Qué ha pasado? —preguntó el señor a Hassan.

Este le narró todo lo ocurrido desde que salieran de casa para recorrer el señorío. Ahora, dirigiéndose a Abu que intentaba recuperarse tendido en el suelo, le dijo:

—En mi casa la lealtad se valora. Y tú te has comportado como un hombre fiel, noble y leal, y un hombre noble no merece ser esclavo. Te daré la libertad en recompensa por tu gesto.

A Abu, que desde que recordaba había vivido allí, bajo la protección, aunque fuese como esclavo de su señor, y donde siempre le habían tratado bien, pareció hundírsele el cielo encima.

—Señor, y ¿qué haré yo si me hacéis libre? ¿Dónde iré? Siempre desde niño he vivido aquí y no conozco otro lugar.

—Permanecerás en mis tierras pero como hombre libre y tendrás el mismo trato que todos los criados y nadie te humillará.

—Señor, perdonad... pero yo solo sé ser vuestro esclavo.

—Bien, levántate, lávate en el río y regresemos todos a casa.

El regreso a la casa de la almunia fue en silencio, los dos jóvenes todavía asustados, cerrados en sí mismos, reflejaban en sus caras la angustia pasada. Hernando meditaba la gravedad de lo ocurrido y la fortuna de haber aparecido en aquel momento, evitando la muerte certera del chico y el posterior problema diplomático con el príncipe heredero, que podía haber sido su ruina personal y familiar. El resto de la comitiva escoltaba en silencio a su señor.

Cuando llegaron a la casa, Fátima y las mujeres habían preparado una suculenta comida con cordero, pescado seco, pan recién horneado, crema de garbanzos, berenjenas con miel de caña de azúcar y todo tipo de frutas frescas y confitadas.

Se sentaron en la estera junto a aquellos manjares, y tras recuperar el tono vital con el que habían llegado el día anterior,

Hernando manifestó a los presentes la importancia del viaje y la satisfacción que tenía por haber podido presentar a todos los pobladores de la almunia a su vástago y heredero.

En presencia de todos contó a su hijo para que lo escuchara Ruy, con todo énfasis y pompa, la historia de la casa. Un palacio de campo donde la familia de los reyes nazaríes venía a cazar y pasar largos periodos en época de verano. La situación idílica del valle y sus productivas plantaciones, hasta que durante la guerra de la conquista de Granada las razias cristianas lo habían destruido todo. Tras la entrega de Granada la almunia pasó a su familia, los Ferí. Primero su padre Hernando, ahora él, y como estaba seguro que haría su hijo, habían rehecho los campos, replantado árboles y restaurado el esplendor que el valle había tenido.

El joven Hernando se sentía orgulloso de sus progenitores y dejando atrás el susto pasado, esbozaba una sonrisa de satisfacción que no pasaba desapercibida a los presentes.

Aquel ágape fue largo, y bajo la atenta mirada de Fátima, cuando los niños reflejaron en su cuerpo el cansancio de la ajetreada jornada, con el permiso del padre, se retiraron a sus aposentos. Minutos después regresaba para, bajo los efectos de la música y el vino, ausente durante el ágape, alargar la velada hasta que la luna ya en alto, empezando a declinar, indicó el camino de los aposentos del señor de la casa, al que Fátima acompañó para servirle.

Los días siguientes fueron más tranquilos. Hernando y Ruy acompañaron a su padre en todo momento, conociendo cómo hacía la compra de la seda en las almunias y localidades vecinas: Albuñuelas, Nigüelas, Padul y Dúrcal.

Hernando se dio cuenta de que en todas las localidades por las que pasaban su padre era querido y respetado. Entendió que

aquellos viajes en los que se ausentaba de Granada le permitían no solo comprar seda y hacer negocios, sino además, conocer los problemas cotidianos de la gente, aconsejando cómo actuar en estos difíciles momentos de transición de una sociedad musulmana a cristiana. Granada había sido conquistada hacía casi cincuenta años, incluso se habían repoblado zonas con gente traída de otros reinos de España, pero las localidades del valle como las Alpujarras, seguían siendo profundamente musulmanas aunque les hubieran obligado a bautizarse.

Los días transcurridos durante el viaje al Valle de Lecrín sirvieron para sellar una amistad sincera, casi de hermanos, entre los dos jóvenes que marcaría la vida de Hernando.

La mañana del regreso a Granada, cuando todo el personal de la almunia estaba reunido bajo las órdenes de Hassan para despedir a su señor, este se dirigió a los presentes:

—Abu, ven aquí —el esclavo, saliendo del fondo de aquel grupo de trabajadores compuesto por más de cien personas, se presentó ante su señor, cabeza inclinada y mirada a tierra—. Te he dicho que eres un hombre libre, levanta la cabeza y alza la vista del suelo.

—Yo, señor... siempre seré vuestro esclavo.

—Joven Ruy Gómez de Silva —dijo ahora Hernando para que todos le oyeran—, este hombre por encima de su raza y condición arriesgó su vida para salvar la vuestra y lo haría tantas veces como fuese necesario. Hombres así hay que tener siempre cerca de uno. Hablaré con vuestra princesa para que acepte que Abu os acompañe.

—Yo soy un mínimo señor, un servidor de la princesa Isabel y no puedo tener servicio, ni esclavos —respondió Ruy mostrando una madurez que sorprendió a todos.

—Déjame a mí hacer gestiones —y dirigiéndose a Hassan, le ordenó—: te dejo esta gente y estas tierras para que las administres hasta mi próximo regreso—. Fátima que estaba en la parte trasera del grupo expresó en su rostro la resignación y paciencia por la espera—. Si ocurre algún hecho importante, házmelo llegar a Granada —continuó el señor—. ¡En marcha, el camino es largo!

Llegaron a la ciudad de Granada a punto de cerrarse las puertas. Con unas vivencias y acontecimientos tan intensos que les habían transformado de jóvenes adolescentes en hombres adultos en solo unos días.

Cuando por fin Ruy llegó al palacio, todos lo encontraron cambiado, no solo por el color tostado de su piel, ni por la forma más segura y firme de andar, sino por su mirada y meditación de las palabras antes de pronunciarlas.